

avivado así por Isabel se convirtió en una especie de rabia.

—¡Figúrese!—repuso Isabel.—Como que yo no creo que haya obtenido aún ni esto—dijo haciendo sonar la uña de su pulgar contra una de sus blancas paletas—y ya lleva gastados más de diez mil francos en regalos.

—¡Oh! ¡qué bueno, si yo llegase antes que él!—exclamó Crevel.

—¡Dios mío! ¡qué mal hago yo en decirle nada de esto!—repuso Isabel como si sintiese remordimientos.

—No. Quiero avergonzar á su familia de usted, y mañana mismo voy á poner á su nombre una renta de seiscientos francos; pero me lo dirá usted todo, ¿verdad? el nombre y la casa de su dulcinea. A usted ya puedo decirle que nunca he tenido una mujer distinguida, y la mayor ambición mía es poder conocer una. Las huries de Mahoma no son nada en comparación con lo que yo me figuro de las mujeres del mundo. En fin, ese es mi ideal, mi locura; tanto que, mire usted, la baronesa Hulot no tendrá nunca cincuenta años para mí—dijo Crevel sin saber que había tratado con una de las mujeres de espíritu más delicado del siglo pasado.—Atienda usted, mi buena Isabel; estoy decidido á sacrificar cien, doscientos... ¡Chitón! ¡que vienen mis hijos! ahora los veo atravesando el patio. Yo no diré nunca que he sabido nada por usted, le doy mi palabra de honor, pues no quiero que pierda usted la confianza del barón, sino que por el contrario deseo que sean muy amigos. ¿Y debe amar mucho á esa mujer mi compadre? ¿verdad?

—¡Oh! ¡está loco por ella!—dijo la prima.—No ha sabido encontrar cuarenta mil francos para casar á su hija, y los ha hallado para esta nueva pasión.

—¿Y le cree usted amado?—preguntó Crevel.

—¿A su edad?...—respondió la solterona.

—¡Oh! ¡qué estúpido soy!—exclamó Crevel.—Yo que le tolero un artista á Eloísa, enteramente lo mismo que Enrique IV le consentía á Gabriela que tuviese á Bellegarde. ¡Oh! ¡la vejez! ¡la vejez! Buenos días, Celestina; buenos días, cielo mío, ¿y tu rorro? ¡Ah! ¡aquí está! á fe que empieza á parecerseme. Buenos días, Hulot, amigo mío, ¿como va?... Pronto tendremos un casamiento más en la familia.

Celestina y su marido hicieron una seña mostrando á Isabel, y la hija le respondió descaradamente á su padre:

—¿Cuál?

Crevel tomó una actitud maliciosa cual si diese á entender que su indiscreción iba á ser reparada y dijo:

—El de Hortensia, pero aun no está decidido. Vengo de casa de Lebás y se hablaba de la señorita Popinot para nuestro joven consejero de la audiencia real de París, á quien no le disgustaría ser nombrado primer presidente en provincias... Vamos á comer.

### CAPÍTULO XIII

#### Última tentativa de Calibán sobre Ariel

A las siete, Isabel volvía ya á su casa en ómnibus, pues le tardaba volver á ver á Wenceslao, que la tenía engañada hacía veinte días y para el cual llevaba aún el saco lleno de frutas que le había dado el mismo Crevel, cuyo cariño hacia la prima Bel había aumentado mucho. La solterona subió á la buhardilla con una rapidez capaz de quitar la respiración á cualquiera, y encontró al artista ocupado en terminar los adornos de una caja que quería ofrecer á su querida Hortensia. El grabado de la tapa representaba hortensias, con las que jugaban unos amorcitos. El pobre amante, para sufragar los gastos de aquella caja que tenía que ser de malaquita, tuvo que hacer dos tederos que resultaron dos obras maestras y ceder la propiedad á Florent y Chanor.

—Amiguito mío, hace algunos días que trabaja usted demasiado—dijo Isabel enjugándole la frente llena de sudor y besándosele.—Semejante actividad me parece peligrosa en el mes de agosto. La verdad es que podría resentirse su salud. Mire, aquí tiene albérchigos y ciruelas de casa del señor Crevel. No se canse tanto; he pedido prestados dos mil francos, y á no ser que ocurriese una desgracia, podremos devolverlos si usted vende su reloj... Sin embargo, tengo dudas acerca de mi prestamista, pues acaba de enviarme este papel timbrado.

Y esto diciendo, colocó el auto de prisión debajo del boceto del general Montcornet.

—¿Para quién hace usted esas cosas tan bonitas?—le preguntó tomando las ramas de hortensias, de cera roja, que Wenceslao había dejado para coger las frutas.

—Para un joyero.

—¿Qué joyero?

—No lo sé. Stidmann me rogó que hiciera esto, que le corre prisa.

—Pero ¡si son hortensias!—dijo con voz campanuda.—¿Cómo es que no ha trabajado usted nunca en cera para mí? ¿Tan difícil le era inventar un anillo, un cofre, ó cualquier cosa, un recuerdo?—dijo dirigiendo una horrenda mirada al artista, cuyos ojos estaban por fortuna distraídos en aquel momento.—Y usted dice que me ama!

—¿Lo duda usted, señorita?

—¡Oh! ¡vaya una señorita más caluroso! Mire, desde que le vi, usted ha sido mi único pensamiento, desde que le vi moribundo ahí, sobre esa misma cama... Cuando le salvé, usted se entregó á mí, y yo no le he hablado nunca de este compromiso, pero yo me creí comprometida conmigo misma y me dije: «Puesto que este muchacho se entrega á mí, quiero hacerle feliz y rico.» Ahora bien, yo he logrado al fin hacer su fortuna.

—¿Cómo?—preguntó el pobre artista en el colmo de la dicha, sin sospechar siquiera que aquello pudiera ser un lazo.

—De este modo—respondió la lorenesa.

Isabel no pudo resistir el placer salvaje de mirar á Wenceslao, el cual la contemplaba con un amor filial que reflejaba su amor á Hortensia, cosa ésta que engañó á la solterona. Al ver por primera vez en su vida la llama de la pasión en los ojos de un hombre, creyó haberla ella encendido y le dijo:

—El señor Crevel nos da cien mil francos en comandita para fundar una casa de comercio, si usted quiere casarse conmigo. Ese hombre gordo tiene ideas muy raras, ¿qué le parece á usted?

El artista, que se había puesto pálido como un muerto, miró á su bienhechora con ojos que denotaban su asombro y estupefacción, y que permitían adivinar sus pensamientos.

—Jamás me han dicho de un modo tan elocuente que soy horriblemente fea—repuso Isabel con amarga risa.

—Señorita—respondió Steinbock,—mi bienhechora no será nunca fea para mí; yo siento por usted un vivo afecto, pero no tengo aún treinta años y...

—Sí, y yo tengo cuarenta y tres—continuó la solterona.

na.—Mi prima Hulot, que tiene cuarenta y ocho, despierta aún pasiones frenéticas; ¡pero ella es guapa!

—Quince años de diferencia, señorita; ¿qué casamiento haríamos? Por nosotros mismos, creo que debemos reflexionarlo. Ciertamente que mi agradecimiento igualará sus beneficios. Por otra parte, le devolveré á usted su dinero antes de pocos días.

—¡Mi dinero!—exclamó ella. ¡Oh! me trata usted como si fuese un usurero sin corazón.

—Dispéñeme, pero ¡me habla usted de dinero con tanta frecuencia!—repuso Wenceslao.—En fin, usted que me ha creado, no me destruya.

—Ya veo que quiere usted abandonarme—dijo Isabel moviendo la cabeza.—Pero ¿quién le ha dado fuerzas para ser ingrato, usted que es dúctil como un guante? ¿Ya no tiene usted confianza en mí, que soy su genio protector? ¡Yo que he pasado tantas noches trabajando para usted, yo que le he entregado las economías de toda mi vida, yo que durante cuatro años he repartido con usted mi pan, el pan de una pobre obrera, y que se lo daba todo, hasta mi valor!

—Señorita, ¡basta! ¡basta!—dijo el artista, arrodillándose y tendiendo las manos hacia ella.—No añada usted una palabra más. Dentro de tres días hablaré, se lo diré todo; déjeme—le dijo besándole las manos,—¡déjeme ser feliz! amo y soy amado.

—Pues bien, sé feliz, hijo mío—dijo Isabel levantándole.

Y acto continuo le besó en la frente y los cabellos con ese frenesí que debe sentir el condenado á muerte al saborear su última mañana.

—¡Ah! es usted la criatura mejor y más noble del mundo, es usted igual á la que amo—dijo el pobre artista.

—Yo le quiero aún á usted bastante para temer por su porvenir—repuso Isabel con aire sombrío.—Judas se ahorcó, todos los ingratos acaban mal, usted me abandona y ya no hará nada bueno. Tenga usted en cuenta que sin casarnos, pues soy una solterona y no quiero agostar la flor de su juventud, su poesía, como usted dice, en mis brazos, que son como sarmientos; piense usted, repito, que sin casarnos, podemos permanecer juntos. Escúcheme; yo tengo espíritu comercial, y en diez años de trabajo puedo lograr una fortuna, pues me llamo *economía*; mientras que con una joven que sólo representará gastos, usted se disipará y sólo trabajará

para hacerla feliz. La dicha no crea nada más que recuerdos. Yo misma, cuando pienso en usted, permanezco con los brazos caídos durante horas enteras. Ahora bien, Wenceslao, quédate conmigo... Mira, ahora lo comprendo todo; tendrás queridas, mujeres bonitas semejantes á esa pequeña Marneffe, que quiere verte y que te dará la dicha que no puedes hallar conmigo. Luego, cuando yo te haya procurado treinta mil francos de renta, te casarás.

—Señorita, es usted un ángel y no olvidaré nunca este momento—dijo el artista enjugándose las lágrimas.

—Así es como quiero verte, hijo mío—exclamó Isabel mirándole con embriaguez.

Puede tanto en nosotros la vanidad, que Isabel creyó en su triunfo. ¡Había hecho tan gran concesión, ofreciendo á la señora Marneffe! La solterona experimentó la emoción más viva de su vida, y por primera vez, sintió que la alegría inundaba su corazón. Por disfrutar de otra hora semejante, hubiera vendido su alma al diablo.

—Estoy comprometido y amo á una mujer, contra la cual ninguna puede prevalecer. Pero usted es y será siempre la madre que yo he perdido.

Estas palabras fueron como una avalancha de nieve caída sobre aquel cráter ardiente. Isabel se sentó, contempló con aire sombrío aquella juventud, aquella distinguida belleza, aquella frente de artista, aquella hermosa cabellera, en una palabra, todo aquello que despertaba sus comprimidos instintos de mujer, y algunas lágrimas que se secaron muy pronto, humedecieron por un instante sus ojos. Se parecía á esas estatuas que los escultores de la Edad media colocaban sobre las tumbas.

—No te maldigo, porque no eres más que un niño—dijo levantándose con brusquedad.—¡Que Dios te proteja! Y bajó para encerrarse en su habitación.

—¡Pobre criatura! me ama—exclamó Wenceslao.

Este último esfuerzo de la naturaleza seca y positiva para conservar á su lado á aquella imagen de la belleza y de la poesía, había sido tan violento, que sólo puede compararse á la brutal energía del naufrago haciendo la última tentativa para llegar á la orilla.

Dos días después, á las cuatro y media de la madrugada, en el momento en que el conde Steinbock dormía más profundamente, oyó llamar á la puerta de su buhardilla, salió

abrir y vió entrar á dos hombres mal vestidos, acompañados de un tercero cuyo uniforme anunciaba á un desgraciado alguacil.

—¿Es usted, don Wenceslao, conde de Steinbock?—le preguntó este último.

—Sí, señor.

—Caballero, me llamo Grosset, sucesor del señor Lou-chard, y soy guardia de comercio.

—Bien, ¿y qué?

—Que queda usted detenido y tendrá que seguirnos á la prisión de Clichy. Haga el favor de vestirse... Como usted ve, procuro guardarle todas las consideraciones debidas... No traigo guardia municipal y abajo nos espera un coche.

—Va usted á ser embalado con todo género de miramientos—le dijo uno de los corchetes;—así es que contamos con su generosidad.

Steinbock se vistió, bajó la escalera en medio de los dos alguaciles y se metió en el coche. El cochero echó á andar sin recibir órdenes, como hombre que sabe adonde va, y media hora después el pobre extranjero se hallaba en la cárcel, tan lleno de asombro, que ni siquiera hizo la menor reclamación.

A las diez fué llamado á la escribanía de la cárcel y encontró allí á Isabel, la cual, hecha un mar de lágrimas, le entregó dinero á fin de que viviese bien y de que se procurase un cuarto bastante espacioso para poder trabajar.

—Hijo mío—le dijo la solterona,—no hable usted á nadie de su arresto, no escriba á alma viviente, porque eso perjudicaría á su porvenir. Hay que esconder esta mancha. Está tranquilo, yo reuniré la suma y pronto quedará usted en libertad. Escribame, diciéndome lo que debo de traerle para que trabaje. O queda usted muy pronto libre, ó morirá.

—¡Oh! le deberé á usted más que la vida, pues perdería más que la vida si llegasen á crearme un mal sujeto.

Isabel salió con el corazón lleno de contento, toda vez que teniendo al artista á buen recaudo, esperaba poder hacer abortar su casamiento con Hortensia, diciéndole á ésta que era casado y que, obedeciendo á las instancias de su mujer, se había ido á Rusia. Para poner en práctica este plan, Isabel se trasladó á eso de las tres de la tarde á casa de la baronesa, á pesar de no ser el día en que ella acostumbraba á comer; pero quería gozar de las torturas que sentiría su

primita, en el momento en que Wenceslao acostumbraba á ir.

—¿Vienes á comer, Bel?—le preguntó la baronesa ocultando su desconcierto.

—Sí.

—Pues, entonces, voy á decirles que sean puntuales, porque sé que no te gusta esperar.

Hortensia hizo una seña á su madre para tranquilizarla, pues se proponía decirle al criado que despidiese al señor Steinbock cuando éste se presentase; pero el criado había salido. Hortensia se vió obligada á dar el encargo á la camarera, y ésta subió á su cuarto á buscar su labor á fin de permanecer en la antesala.

—¿Y mi novio? ya no me habláis nunca de él—dijo la prima Bel á Hortensia cuando ésta hubo vuelto.

—A propósito, ¿qué es de él?—dijo Hortensia.—Veo que se hace célebre. ¡Qué tonta debes estar al ver que no se habla más que de don Wenceslao Steinbock!—le susurró al oído á Bel.

—¡Ya lo creo!—respondió la solterona en voz alta.—Si no se tratase más que de encantarle hasta el punto de hacerle olvidar los placeres de París, conozco mi poder y sé que lo lograría; pero me han dicho que para atraerse á un artista semejante, el emperador Nicolás le indulta...

—¡Ah! ¡bah!—respondió la baronesa.

—¿Cómo sabes tú eso?—preguntó Hortensia, que sintió su corazón oprimido.

—Una persona que está unida á él por los lazos más sagrados, su mujer, se lo ha escrito—repuso la atroz Bel.—Quiere marcharse, pero yo opino que sería muy estúpido dejando Francia por Rusia.

Hortensia miró á su madre, inclinando la cabeza; la baronesa apenas tuvo tiempo para coger á su hija, desmayada y blanca como el encaje de su pañoleta.

—Isabel, ¡has matado á mi hija!—exclamó la baronesa.—Has nacido para desgracia nuestra.

—¿Qué culpa tengo yo de esto, Adelina?—preguntó la lorenense levantándose y tomando una actitud amenazadora que la baronesa, en medio de su turbación, no notó.

—Perdóname—respondió Adelina sosteniendo á Hortensia.—Llama.

En este momento, la puerta se abrió y las dos mujeres

volvieron la cabeza á un tiempo y vieron á Wenceslao Steinbock, á quien la cocinera, en ausencia de la camarera, había abierto la puerta.

—¡Hortensia!—exclamó el artista dando un salto hasta el grupo formado por las tres mujeres.

Y besó á su prometida en la frente, ante los ojos de su madre, pero tan piadosamente que la baronesa no se enfadó. Este beso era mejor que todas las sales inglesas contra el desmayo. Hortensia abrió los ojos, vió á Wenceslao y recobró los colores. Un instante después se encontraba completamente bien.

—¿Esto es lo que usted me ocultaba?—dijo la prima Bel sonriendo á Wenceslao y fingiendo adivinar la verdad por la confusión de sus dos primas.—¿Cómo me has robado mi novio?—le dijo á Hortensia conduciéndola al jardín.

Hortensia contó inocentemente la novela de su amor á su prima. Su padre y su madre, persuadidos de que Bel no se casaría nunca, habían autorizado, según decía ella, las visitas del conde de Steinbock. Únicamente que Hortensia, como corderito viejo, atribuyó á la casualidad la adquisición del grupo y la venida del autor, el cual, según ella, había querido saber el nombre de su primer adquisidor. Steinbock fué, al cabo de un rato, á unirse con las dos jóvenes para dar las gracias con efusión á la solterona por su pronta libertad. Isabel respondió jesuíticamente á Wenceslao que como el acreedor no le había hecho más que vagas promesas, ella pensaba ir á sacarlo al día siguiente, y que el prestamista, avergonzado de aquella innoble persecución, se había, sin duda, adelantado á ella. Por otra parte, la solterona pareció feliz y felicitó á Wenceslao por su dicha.

—Mal hijo—le dijo delante de Hortensia y de su madre, —si usted me hubiese confesado de ayer que amaba á mi prima Hortensia y que era correspondido, me habría evitado muchas lágrimas. Creía que iba usted á abandonar á su antigua amiga, á su institutriz, mientras que, por el contrario, va á ser primo mío; en adelante me pertenecerá usted por lazos débiles, es verdad, pero que bastan á los sentimientos que usted me inspira...

Y besó á Wenceslao en la frente. Hortensia se arrojó en los brazos de su prima y rompió á llorar.

—Te debo mi felicidad—le dijo,—no lo olvidaré nunca.

—Prima Bel—dijo la baronesa abrazando á Isabel du-

rante la embriaguez que sentía al ver que las cosas se habían arreglado tan bien,—el barón y yo tenemos una deuda contigo y queremos pagártela; ven al jardín á hablar de negocios—dijo llevándose la.

Isabel representó en apariencia el papel del buen ángel de la familia: se veía adorada por Crevel, Hulot, Adelina y Hortensia.

—Queremos que no trabajes más—dijo la baronesa.—Suponiendo que ganes dos francos diarios, excepto los domingos, hace seiscientos francos al año. Pues bien, ¿á cuántos ascienden tus economías?

—¡A cuatro mil quinientos francos!...

—Pobre prima—dijo la baronesa levantando los ojos al cielo, tan enternecida estaba al pensar en las penas y privaciones que suponía aquella suma, amontonada durante treinta años.

Isabel, al ver el desdén burlón de la advenediza, se ofendió por aquella exclamación y su odio adquirió una dosis formidable de hiel en el momento en que su prima abandonaba todos sus recelos acerca del tirano de su infancia.

—Aumentaremos esa suma con diez mil quinientos francos—repuso Adelina—y colocaremos el total á tu nombre como usufructuaria y á nombre de Hortensia como única propietaria; de este modo tendrás seiscientos francos de renta.

Isabel pareció estar en el colmo de la dicha. Cuando volvió del jardín con el pañuelo en los ojos y ocupada en secar lágrimas de alegría, Hortensia le contó todos los favores que llovían sobre Wenceslao, el bien amado de toda la familia.

En el momento en que el barón entró, encontró á su familia toda reunida, pues la baronesa había saludado oficialmente al conde con el nombre de hijo y había fijado el matrimonio, reservándose la aprobación de su marido, para de allí á quince días. De modo que apenas se presentó en el salón el consejero de Estado se vió rodeado de su mujer y de su hija, que corrieron á él la una para hablarle al oído y la otra para abrazarle.

—Ha ido usted demasiado lejos comprometiéndome de ese modo, señora—dijo severamente el barón.—Ese casamiento aun no está hecho—dijo dirigiendo una mirada á Steinbock á quien vió palidecer.

El desgraciado artista se dijo:

—Conoce mi arresto.

—Venid, hijos míos—dijo el barón, llevándose al jardín á su hija y á su futuro.

Y fué á sentarse con ellos en uno de los bancos del kiosco carecomido por el musgo.

—Señor conde, ¿ama usted á mi hija tanto como yo ama á su madre?—le preguntó el barón á Wenceslao.

—Más, señor—dijo el artista.

—La madre era hija de un aldeano y no tenía un céntimo.

—Déme usted á la señorita Hortensia tal como está ahora, hasta sin canastilla de boda...

—Le creo á usted—dijo el barón sonriendo;—Hortensia es hija del barón Hulot de Hervy, consejero de Estado, director del ramo de Guerra, gran oficial de la Legión de honor, hermano del conde Hulot, cuya gloria es inmortal y que dentro de poco será mariscal de Francia. ¡Y... tiene dote!

—Es verdad—dijo el artista,—parezco tener ambición; pero aunque fuese mi querida Hortensia la hija de un obrero, me casaría con ella.

—Eso es lo que quería saber—añadió el barón.—Vete, Hortensia, déjame hablar con el señor conde, ya ves que te ama sinceramente.

—¡Oh! padre, ya sabía yo que usted bromeaba—respondió la feliz joven.

—Mi querido Wenceslao—dijo el barón con una gracia infinita y un gran encanto en los modales cuando estuvo solo con el artista,—constituí á mi hijo un dote de doscientos mil francos, de los cuales el pobre muchacho no ha tocado un céntimo, ni tocará. El dote de mi hija será de doscientos mil francos, que usted reconocerá haber recibido.

—Sí, señor conde.

—Qué aprisa va usted—dijo el consejero de Estado.—Hágame el favor de escucharme. No se puede pedir á un yerno la abnegación que tiene uno derecho á esperar de un hijo. Mi hijo sabía todo lo que yo podía hacer y todo lo que haría por su porvenir: sera ministro, y así hallará fácilmente los doscientos mil francos. Respecto á usted, joven, es otra cosa. Recibirá usted sesenta mil francos en una inscripción al cinco por ciento á nombre de su mujer. Esta suma estará gravada con una rentita que se dará á Isabel; pero ésta no puede vivir mucho, pues está tísica, lo sé. No diga usted

este secreto á nadie; que la pobre joven muera en paz. Mi hija tendrá una canastilla de veinte mil francos; su madre invierte en ella seis mil francos de sus diamantes...

—Señor, me colma usted...—dijo Steinbock estupefacto.

—Respecto á los ciento veinte mil francos restantes...

—Basta, señor—dijo el artista,—no quiero más que mi querida Hortensia.

—¿Quiere usted escucharme, joven ardiente? Respecto á los ciento veinte mil francos, no los tengo, pero los recibirá usted...

—¡Señor!...

—Los recibirá usted del gobierno en encargos que yo obtendré para ustedes, doy mi palabra de honor. Va usted á tener un taller en el depósito de mármoles. Exponga algunas hermosas estatuas, le haré entrar en el Instituto. En las altas esferas nos miran con benevolencia á mi hermano y á mí, y espero salir airoso pidiendo para usted trabajos de escultura en Versalles por una cuarta parte de la suma. Finalmente, recibirá usted algunos encargos de la villa de París y de la cámara de los pares; tendrá usted tanto trabajo, querido mío, que se verá obligado á tomar ayudantes. Así es como le pagaré. Vea usted si la dote, de este modo pagada, le conviene, consulte sus fuerzas...

—Me siento con fuerzas para hacer yo solo la fortuna de mi mujer, si eso me faltase—dijo el noble artista.

—¡Eso me gusta!—exclamó el barón.—¡La hermosa juventud sin dudar de nada! ¡Yo hubiese derrotado ejércitos enteros por una mujer! Vamos—dijo cogiéndole una mano al joven escultor y golpeándosela,—tiene usted mi consentimiento. El domingo que viene se firmará el contrato, y el sábado siguiente, al altar, el día del santo de mi mujer.

—Todo va bien—dijo la baronesa á su hija que estaba pegada á la ventana,—tu futuro y tu padre se abrazan.

Al entrar por la noche en su casa, Wenceslao descifró el enigma de su libertad: encontró en la portería un gran paquete sellado que contenía el expediente de su deuda con un recibo en regla redactado debajo del juicio y acompañado de la siguiente carta:

«Mi querido Wenceslao:

»Esta mañana, á la diez, he ido á tu casa para presentarte á una alteza real que deseaba conocerte. Allí he sabido

que los ingleses te habían conducido á una de sus islas cuya capital se llama *Clichy's Castle*.

»Al instante he ido á ver á León de Lora, á quien he dicho riendo que no podías dejar la campiña donde estabas por falta de cuatro mil francos, y que ibas á comprometer tu porvenir si no te dejabas ver por tu real protector. Bridau, ese hombre de genio que ha conocido la miseria y que sabe tu historia, estaba allí por fortuna. Hijo mío, entre los dos han reunido la suma, y he ido á pagar por ti al beduino que ha cometido un crimen de lesa genio encerrándote. Como yo tenía que estar á las doce en las Tullerías, no he podido ir á verte aspirando el aire libre. Como sé que eres hidalgo, he respondido de ti á mis amigos, pero no estará de más que vayas á verles mañana.

»León y Bridau no querrán el dinero; pero te pedirán cada uno un grupo, y tienen razón. Esto es lo que piensa el que quisiera poder decirse tu rival, y que no es más que tu compañero,

»STIDMANN.

»P. D.—He dicho al príncipe que no volverías del viaje hasta mañana, y ha dicho: «Está bien, hasta mañana.»

El conde Wenceslao se acostó en las sábanas de púrpura y sin una arruga que nos hace el Favor, ese celeste cojo que para las gentes de genio camina más lentamente aun que la Justicia y la Fortuna, porque Júpiter no ha querido que tuviese una venda en los ojos. Fácilmente equivocado por las galas de los charlatanes, atraído por sus costumbres y sus trompetas, gasta en ver y pagar sus paradas el tiempo que debía emplear en ir á buscar á las gentes de mérito en los rincones donde se ocultan.

Ahora es necesario explicar cómo el señor barón de Hulot había llegado á reunir las cifras de la dote de Hortensia, y á satisfacer los horrorosos gastos de la deliciosa habitación donde debía instalarse la señora Marneffe. Su concepción financiera llevaba el sello del talento que guía á los disipadores y á las gentes apasionadas á los barrancos donde tantos accidentes les hacen perecer. Nada demostrará mejor el singular poder que comunican los vicios, y al cual se deben los golpes hábiles que dan de vez en cuando los ambiciosos, los voluptuosos, en fin, todos los devotos del diablo.

## CAPITULO XIV

Donde el desenlace de las novelas ordinarias se encuentra á la mitad de esta historia demasiado verídica, bastante anacreónica y terriblemente moral.

La vispera, por la mañana, el anciano Juan Fischer, por no tener los treinta mil francos que había cogido de la caja su sobrino, se veía en la necesidad de declararse en quiebra si el barón no se los remitía.

Este digno anciano, de cabellos blancos y de setenta años, tenía una confianza tan ciega en Hulot, el cual, para este bonapartista, era una emanación del sol napoleónico, que se paseaba tranquilamente con el dependiente del Banco en la antecámara de la pequeña habitación de ochocientos francos de alquiler, desde donde dirigía las diversas empresas de granos y forrajes.

—Margarita ha ido á buscar los fondos á dos pasos de aquí—le decía.

El hombre vestido de gris y con galones de plata conocía tan bien la honradez del anciano alsaciano, que quería dejarle los treinta mil francos en billetes; pero el anciano le obligaba á quedarse, objetando que aun no habían dado las ocho. Un cabriolé se detuvo y el anciano salió precipitadamente á la calle y tendió la mano con sublime certeza al barón, que le dió treinta mil francos en billetes de banco.

—Vaya usted tres puertas más allá, ya le diré por qué—dijo el anciano Fischer.—Aquí tiene usted la suma—dijo el anciano volviendo á entrar y entregando el dinero al representante del Banco, á quien acompañó hasta la puerta.

Cuando el dependiente del Banco estuvo fuera de vista, Fischer hizo volver al cabriolé donde le esperaba su augusto sobrino, el brazo derecho de Napoleón, y le dijo llevándole á su casa:

—¿Quiere usted que se sepa en el Banco de Francia que me ha entregado usted los treinta mil francos que había usted endosado?... Ya es mucho el que haya puesto la firma un hombre como usted.

—Vamos al fondo del jardín, padre Fischer—dijo el alto funcionario.—Es usted fuerte—dijo sentándose bajo un ce-

nador y midiendo de pies á cabeza al anciano como un comerciante de carne humana mide á un substituto.

—Fuerte para colocar en renta vitalicia—respondió alegremente el ancianito seco, delgado, nervioso y de ojos vivos.

—¿Le perjudica el calor?

—Al contrario.

—¿Qué le parece el África?

—¡Un país bonito!... Los franceses fueron allí con el cabito.

—Se trata, para que nos salvemos todos, de ir á Argelia.

—¿Y mis negocios?

—Un empleado de la guerra, que toma el retiro y que no tiene de qué vivir, le compra su casa de comercio.

—¿Qué haré en Argelia?

—Proveerá usted los víveres de guerra, granos y forrajes; ya tengo su empleo firmado. Encontrará usted las provisiones en el país al setenta por ciento más barato del precio que le pondremos aquí.

—¿Quién me proveerá?...

—Los razzias, los achours, los califas. Hay en Argelia (país poco conocido aún, aunque sea nuestro desde hace ocho años), infinidad de granos y forrajes. De modo que cuando estos géneros pertenecen á los árabes, se los cogemos bajo infinidad de pretextos; después, cuando están en nuestro poder, los árabes se esfuerzan en recobrarlos. Se combate mucho por los granos; pero no se sabe nunca exactamente la cantidad que han robado ambas partes. En campo raso no se tiene tiempo de contar los hectólitros como en el mercado, y como los henos en la calle del Infierno. Los jefes árabes, lo mismo que los spahis, como prefieren el dinero, venden estos géneros á precios muy bajos, y compran géneros á precios exorbitantes, calculados en la dificultad de procurarse víveres y en los peligros que corren los transportes. He aquí la Argelia bajo ese punto de vista. Es un embrollo atemperado por la botella de tinta de toda administración naciente. Nosotros, los administradores, no podemos ver claro en esta cuestión hasta dentro de doce años; pero los particulares tienen buenos ojos. Así, pues, le envío á hacer su fortuna, le coloco á usted como Napoleón colocabá á un mariscal pobre á la cabeza de un reino donde se podía proteger secretamente el contrabando. Estoy

arruinado, mi querido Fischer. Me hacen falta cien mil francos de aquí á un año.

—No veo ningún mal en cogérselos á los beduinos—replicó tranquilamente el alsaciano.—Eso se hacía así cuando el Imperio...

—El comprador de su establecimiento vendrá á verle á usted esta mañana y le entregará diez mil francos—repuso el barón Hulot.—¿No es todo lo que usted necesita para ir á Africa?

El anciano hizo un signo de asentimiento.

—Respecto á los fondos de allá abajo, esté tranquilo—repuso el barón.—Cobraré el resto del precio de la venta de su establecimiento: lo necesito.

—Todo lo mío, le pertenece, hasta mi sangre—dijo el anciano.

—¡Oh! no tema usted nada—dijo el barón, atribuyendo á su tío más perspicacia de la que tenía;—respecto á nuestros negocios de achour, su honradez no sufrirá lo más mínimo; depende todo de la autoridad, y como soy yo quien ha colocado allí á la autoridad, estoy seguro de ella. Esto, papá Fischer, es un secreto de vida y muerte; le conozco, y por eso le he hablado sin rodeos.

—Iré—dijo el anciano.—¿Y durará mucho?

—Dos años. Tendrá usted cien mil francos para vivir feliz en los Vosgos.

—Lo haré como usted desea, mi honor es el suyo—dijo tranquilamente el anciano.

—Así me gustan los hombres. Sin embargo, no se marchará usted sin haber visto á su sobrinita feliz y casada, será condesa.

El *achour*, la *razzia* de las *razzias*, el precio dado por el empleado por la casa Fischer, no podían aportar inmediatamente sesenta mil francos para la dote de Hortensia, incluido en ella el ajuar, que costaría unos cinco mil francos, y los cuarenta mil gastados ó que tenía que gastar con la señora Marneffe. En fin, ¿de dónde había sacado el barón los treinta mil francos que acababa de llevar? He aquí de donde. Algunos días antes, Hulot había ido á asegurarse por una suma de cien mil francos y por tres años en dos compañías de seguros sobre la vida. Provisto de la póliza de seguridad cuya prima había sido pagada, había sostenido esta conversación con el señor barón de Nucingen, par de Francia, en cuyo

coche se hallaba al salir de una sesión de la cámara de los pares para ir á comer con él.

—Barón, necesito sesenta mil francos y se los pido. Usted me indica un testafarro en quien yo delegaré por tres años la cuota empenable de mi sueldo, que asciende á veinticinco mil francos anuales y que suma en total setenta y cinco mil. Usted me dirá que me puedo morir.

El barón hizo una seña de asentimiento.

—Pero aquí tiene usted una póliza de seguro por ciento cincuenta mil francos que le será transferida—respondió el barón sacando un papel del bolsillo.

—¿Y si le destituyen?—dijo el barón millonario riéndose.

El otro barón antimillonario se quedó pensativo.

—Tranquilícese usted, pues sólo le hago esta *obgución* *paga hacegle veg* que le hago algún *favog degándole* la suma. Veo que se halla usted muy *ápugado*.

—Caso á mi hija—dijo el barón Hulot,—y carezco de fortuna como todos los que continúan empleados en la administración en una época ingrata en que jamás las cámaras sabrán recompensar á sus servidores adictos, como lo hacía el emperador.

—Vamos, ha tenido usted á *Gosefa*, lo cual lo explica todo—dijo el par de Francia.—Aquí, *paga* entre nosotros, el duque de *Hegouville* le ha hecho un gran *favog* quitándole de encima á esa *sanguigüela*. Conozco esa desgracia y sé *compadeceg*—añadió queriendo citar un verso francés.—Escuche usted un *consego*. *Ciegue* usted su tienda, si no se va á *veg pegdido*.

Este sospechoso negocio se hizo mediante la intervención de un usurero llamado Vauvinet, uno de esos negociantes que van á la vanguardia de las grandes casas de banca, como ese pececillo que parece ser el criado del tiburón. Este aprendiz cancerbero estaba tan satisfecho de poder conquistarse la protección de aquel gran personaje, que prometió al señor barón Hulot negociarle treinta mil francos de letras de cambio á noventa días, comprometiéndose á renovarlas cuatro veces y á no ponerlas en circulación.

El sucesor de Fischer debía dar cuarenta mil francos para obtener aquella casa, pero con la promesa de la provisión de los forrajes en un departamento próximo á París.

Tal era el dédalo espantoso en que sumían las pasiones á uno de los hombres más probos hasta entonces, á uno de los

trabajadores más hábiles de la administración napoleónica: la concusión para saldar la usura, y la usura para dar pasto á sus pasiones y para casar á su hija. Aquella ciencia de prodigalidad, todos aquellos esfuerzos, los hacía para aparecer grande á los ojos de la señora Marneffe, para ser el Júpiter de aquella Dánae de medio pelo. No se despliega más actividad, más inteligencia y más audacia para hacer honradamente fortuna, que la que desplegó el barón para meter la cabeza en un avispero: atendía á las ocupaciones de su cargo, daba prisa á los tapiceros, iba á ver á los obreros é inspeccionaba minuciosamente los menores detalles de la casa de la calle de Wanneau. Entregado por entero á la señora Marneffe, no dejaba por eso de asistir á las sesiones de las cámaras, se multiplicaba, y ni su familia ni nadie echaba de ver sus preocupaciones.

Adelina, estupefacta al saber que su tío estaba salvado y al ver que figuraba un dote en el contrato, sentía una especie de inquietud en medio de la dicha que le causaba el matrimonio de Hortensia, realizado en condiciones tan honorables; pero la víspera del matrimonio de su hija, combinado por el barón de modo que coincidiese con el día en que la señora Marneffe tomaba posesión de su habitación de la calle de Wanneau, Héctor hizo cesar el asombro de su mujer, mediante esta comunicación ministerial:

—Adelina, he aquí ya casada á nuestra hija; así es que todas nuestras angustias respecto á este punto han cesado. Ha llegado para nosotros el momento de retirarnos del mundo, pues ahora apenas transcurran tres años, tendré el tiempo necesario para tomar el retiro. ¿Por qué hemos de continuar gastos inútiles en lo sucesivo? La casa nos cuesta seis mil francos de alquiler, tenemos cuatro criados y nos comemos treinta mil francos al año. Si quieres que yo cumpla mis compromisos, pues he empeñado mi sueldo por tres años á cambio de la suma necesaria para establecer á Hortensia y para el vencimiento de la letra de tu tío...

—¡Ah! has hecho bien, amigo mío—dijo Adelina interrumpiendo á su marido y besándole las manos de contento, pues esta confesión ponía fin á sus temores.

—Tengo que pedirte algunos sacrificios—repuso el barón depositando un beso en la frente de su mujer.—He encontrado en la calle Plumet, en un primer piso, una habitación hermosa y digna que no cuesta más que mil quinientos

francos, en la que sólo necesitarás una camarera para ti, y donde yo me contentaré con un criadito.

—Sí, amigo mío.

—Sosteniendo nuestra casa con sencillez y conservando sobre todo las apariencias, tú no gastarás más allá de seis mil francos al año, excepción hecha de mis gastos particulares, de los cuales me encargo yo.

La generosa mujer se abrazó al cuello de su marido loca de alegría, exclamando:

—¡Qué dicha para mí el poder demostrarte de nuevo lo mucho que te amo! Estoy admirada de tus recursos para luchar por la vida.

—Recibiremos una vez á la semana á nuestra familia, y como ya sabes tú que yo como muy pocas veces en casa, tú podrás, sin comprometerte, ir á comer dos veces á casa de Victorino y otras dos á casa de Hortensia. Ahora bien, como creo que podré lograr una completa reconciliación con Crevel, comeremos una vez á la semana en su casa, y estas cinco comidas y la nuestra llenarán la semana, suponiendo algunas invitaciones fuera de la familia.

—¡Oh! de ese modo haré economías—dijo Adelina.

—¡Ah! eres la perla de las mujeres.

—Mi bueno y divino Héctor, yo te bendeciré hasta mi último suspiro, porque has casado bien á nuestra querida Hortensia.

Así fué como empezó la mengua de la casa de la hermosa señora Hulot y su abandono solemne prometido á la señora Marneffe.

El pequeño y gordo Crevel, invitado, como es natural, á la firma del contrato de matrimonio, obró como si no se hubiese realizado la escena con que comienza este relato y cual si no tuviese queja alguna del barón Hulot. Celestino Crevel estuvo amable, siguió siendo un tanto demasiado antiguo perfumista; pero empezaba á elevarse á lo majestuoso á fuerza de ser jefe de batallón y habló de bailar en la boda.

—Hermosa señora—le dijo graciosamente á la baronesa Hulot,—las gentes como vosotros, saben olvidarlo todo. No me destierre usted de su casa y dígnese embellecer á veces la mía yendo á verme de vez en cuando con sus hijos. Puede estar tranquila, jamás volveré á recordarle nada de lo que yace en el fondo de mi corazón. He obrado como un imbé-

cil y ahora comprendo que perdería demasiado no pudiendo verla.

—Caballero, una mujer honrada no tiene oídos para los discursos á que usted hace alusión, y si cumple usted su palabra, no dude del placer que tendré viendo cesar una división aflictiva siempre en las familias.

—Pero, vamos á ver, rencoroso—dijo el barón Hulot llevando á la fuerza á Crevel al jardín,—veo que evitas un encuentro en todas partes, hasta en mi casa. ¿Es que dos aficionados al bello sexo deben reñir nunca por unas faldas? Vamos, á decir verdad, eso es propio de tenderos.

—Señor mío, yo no soy tan guapo como usted, y mis pocos medios de seducción me impiden reparar mis pérdidas tan fácilmente como las repara usted.

—¿Ironía?—respondió el barón.

—Está permitida contra los vencedores cuando uno es el vencido.

La conversación, comenzada en este tono, terminó con una completa reconciliación; pero Crevel mostró gran interés en hacer constar su derecho á tomar una revancha.

La señora Marneffe quiso ser invitada á la boda de la señorita Hulot. Para ver á su futura querida en su salón, el consejero de Estado se vió obligado á invitar á todos los empleados de su división, hasta á los subjesos, y entonces se hizo necesario un gran baile. Como buena mujer de su casa, la baronesa calculó que una velada sería más barata que una comida y que permitiría recibir á más gente. El matrimonio de Hortensia tuvo, pues, gran resonancia.

Fueron testigos el mariscal príncipe de Wisemburgo y el barón de Nucingen por parte de la futura, y el conde de Rastignac y Popinot por parte de Steinbock. La celebridad adquirida por éste había contribuido á que los miembros más ilustres de la emigración polaca le hubiesen buscado; así es que el artista se creyó en el deber de invitarles. El consejo de Estado, la administración y el ejército, que querían honrar al conde de Forzheim, iban á estar representados por sus más distinguidos miembros. ¿Quién no comprenderá desde este momento el interés de la señora Marneffe en aparecer en todo su esplendor en medio de una asamblea semejante?

Hacía un mes que la baronesa consagraba el valor de sus diamantes para el hogar de su hija, si bien conservando los

más hermosos para que formasen parte de su ajuar. Esta venta produjo quince mil francos, de los cuales cinco mil fueron empleados en el ajuar de Hortensia. ¿Qué eran diez mil francos para amueblar la habitación de los recién casados, si se tienen en cuenta las exigencias del mundo moderno? Pero los jóvenes esposos Hulot, el padre Crevel y el conde de Forzheim hicieron importantes regalos, pues el anciano tío tenía en reserva una suma para el servicio de plata. Gracias á tantos auxilios, una parisiense exigente hubiese quedado satisfecha de la instalación del joven matrimonio en la habitación que había escogido en la calle Saint-Dominique, cerca de la esplanada de los Inválidos. Todo estaba allí en armonía con su amor tan puro, tan franco y tan sincero por una y otra parte.

Por fin, llegó el gran día, pues debía ser también un gran día lo mismo para Hortensia y Wenceslao que para el padre: la señora Marneffe había decidido estrenar su nueva casa con una juerga al día siguiente de su falta y del matrimonio de los dos enamorados.

¿Quién no ha asistido una vez en su vida á un baile de boda? Cada cual puede hacer una llamada á sus recuerdos, y se sonreirá seguramente al evocar á todas aquellas personas endomingadas; y se sonreirá tanto por su aspecto como por la obligada usanza en el vestir. Si el hecho social ha probado alguna vez la influencia de los medios, nunca mejor que en este caso. En efecto, el *endomingamiento* de los unos ejerce tal influencia sobre los otros, que las gentes más acostumbradas á ir bien vestidas parecen confundirse con aquellos para quienes la boda es una fiesta señalada en su vida. En fin, recordad aquellas gentes graves, aquellos ancianos para quienes es todo tan indiferente que conservan sus trajes negros de diario, y á los casados viejos cuya cara anuncia la triste experiencia de la vida que los jóvenes comienzan, y los placeres, que son allí como el ácido carbónico en el champagne; y recordad también á los jóvenes envidiosos, á las mujeres ocupadas del éxito de su tocado, y á los parientes pobres cuyo traje contrasta con el de la generalidad, á los golosos que sólo piensan en comer y á los jugadores en jugar. Todo está allí, ricos y pobres, envidiosos y envidiados, filósofos y gentes llenas de ilusiones, agrupados en torno de la casada como las plantas de un ramillete en torno de una flor rara. Un baile de boda, es el mundo en pequeño.

En el momento más animado, Crevel tomó al barón por el brazo, y le dijo al oído con el aire más natural del mundo:

—¡Pardiez! ¡vaya una mujer bonita aquella del color rosa que te distingue con sus miradas!...

—¿Quién?

—La mujer de aquel subjefe á quien tú asciendes, Dios sabe cómo; la señora Marneffe.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Mira, Hulot, procuro perdonarte las que me has hecho si me presentas en casa de esa mujer. Yo te prometo á mi vez presentarte en casa de Eloisa. Todo el mundo pregunta quién es esa criatura encantadora. ¿Estás seguro de que no habrá ninguno en tus oficinas que explique el por qué del nombramiento de su marido? ¡Oh! feliz pillastre, vale más que una... Bueno, ¿seamos amigos?...

—Más que nunca—dijo el barón al perfumista,—y te prometo ser buen muchacho. Dentro de un mes te invitaré á comer con ese ángel... porque ahora me trato con los ángeles, amigo mío. Te aconsejo que hagas como yo, que dejes los demonios...

La prima Bel, instalada en la calle Vanneau, en una bonita habitación, en el piso tercero, dejó el baile á las diez, para volver á ver los títulos de los mil doscientos francos de renta en dos inscripciones, de los cuales eran propietarias la condesa Steinbock y la señora Hulot joven. Ahora se comprenderá cómo el señor Crevel había podido hablar á su amigo Hulot de la señora Marneffe y conocer un secreto ignorado por todo el mundo, pues el señor Marneffe ausente, la prima Bel, el barón y Valeria eran los únicos que conocían el misterio.

El barón había cometido la imprudencia de regalarle á la señora Marneffe un traje demasiado lujoso para la mujer de un subjefe; así es, que las demás mujeres sintieron envidia del lujo y de la belleza de Valeria, dando esto lugar á cuchicheos por detrás de los abanicos, pues la apurada situación de los Marneffe era tanto más conocida entre sus compañeros cuanto que el empleado solicitaba recursos en el momento en que el barón se había enamorado de su señora. Por otra parte, Héctor no supo ocultar su embriaguez al ver el éxito de Valeria, la cual, decente, llena de sumisión, enviada, fué sometida á ese examen atento que tanto temen las mujeres al entrar por primera vez en un mundo nuevo.

Después de haber metido á su mujer, á su hija y á su yerno en el coche, el barón halló medio de evadirse sin ser notado, dejando á su hijo y á su nuera el cuidado de desempeñar el papel de amos de la casa. Hulot subió al coche de la señora Marneffe y la acompañó á su casa; pero notó que estaba muda y pensativa, casi melancólica, y le dijo abrazándola:

—Valeria, veo que mi dicha le causa tristeza.

—Amigo mío, ¿cómo no quiere usted que una pobre mujer no esté siempre pensativa al cometer su primera falta y cuando la infamia de su marido le devuelve su libertad?... ¿Cree usted que carezco de alma, de creencias y de religión? Usted ha demostrado esta noche la más indiscreta de las satisfacciones y me ha pregonado odiosamente. La verdad es que un colegial no hubiese sido tan fatuo como usted. Todas esas mujeres me han molestado, por su culpa, con miradas y palabras picantes. ¿Cuál es la mujer que no mira por su reputación? ¡Usted me ha perdido! ¡Oh! Ahora soy bien suya, no tema, y para excusar esta falta, mi único recurso es serle fiel. ¡Monstruo!—añadió riéndose y dejándose besar—qué bien supo usted lo que hacía. La señora Coquet, la mujer de nuestro jefe, ha venido á sentarse á mi lado para admirar mis encajes. «Son de Inglaterra—ha dicho;—¿le cuestan muy caros, señora?» «No lo sé—le contesté.—Estos encajes provienen de mi madre. Yo no soy bastante rica para comprarlos semejantes.»

Como se ve, la señora Marneffe había acabado por fascinar de tal modo al guapo del Imperio, que éste creía que le hacía cometer la primera falta y le había inspirado una pasión capaz de hacerle olvidar sus deberes. La joven se decía abandonada por el infame Marneffe al cabo de tres días de matrimonio por espantosos motivos, y después había seguido siendo muchacha juiciosa y feliz, pues el matrimonio le parecía una cosa horrible. De esto provenía su actual tristeza.

—¿Si fuese lo mismo el amor que el matrimonio?—dijo llorando.

Estas lindas mentiras que dicen casi todas las mujeres, en la situación que se hallaba Valeria hacían entrever al barón las rosas del séptimo cielo. De este modo, Valeria hizo mil remilgos, mientras que el enamorado artista y Hortensia esperaban tal vez impacientemente á que la baronesa hubiese

dado su última bendición y su último beso á la doncella pura y casta.

A las siete de la mañana el barón, en el colmo de la dicha, pues había hallado en su Valeria á la joven más inocente y al diablillo más consumado, volvió á su casa á devolver su libertad á los jóvenes Hulot.

Aquellos bailadores y bailadoras, extraños casi en la casa y que acaban por apoderarse del terreno en todas las bodas, se entregaban á esas interminables últimas contradanzas llamadas cotillones; los jugadores estaban aferrados á sus mesas y Crevel ganaba seis mil francos.

Los periódicos distribuidos por los repartidores, contenían la siguiente gaceta:

«Esta mañana se efectuó en Santo Tomás de Aquino el matrimonio del conde de Steinbock con la señorita doña Hortensia Hulot, hija del barón Hulot de Hervy, consejero de Estado y director del ministerio de la Guerra, y sobrina del ilustre conde de Forzheim. Esta solemnidad llevó allí á mucha gente, entre la cual se veía á nuestras celebridades artísticas: León de Lora, José Bridau, Stidmann, Bixiou; á las notabilidades de la administración de Guerra y del consejo de Estado, á varios miembros de ambas Cámaras, y á lo más distinguido de la emigración polaca, como los condes Paz, Laginski, etc.

»El señor conde Wenceslao Steinbock es sobrino segundo del célebre general de Carlos XII, rey de Suecia. El joven conde, que tomó parte en la insurrección, vino á buscar asilo á Francia, donde la justa celebridad de su talento le ha valido el adquirir carta de naturaleza.»

Ya se ve cómo, á pesar de la espantosa situación del barón Hulot de Hervy, no faltó nada de lo que exige la opinión pública, ni siquiera la celebridad dada por los periódicos al matrimonio de su hija, cuya celebración fué en un todo semejante á la del de Hulot hijo con la señorita Crevel. Esta fiesta atenuó los rumores que corrían acerca de la situación financiera del director, pues la dote de su hija explicó la necesidad en que se halló de tener que recurrir al crédito.

Aquí termina de cierto modo la introducción de esta historia. Este relato es en este drama que lo completa, lo que son las premisas en una oración, lo que es toda exposición en toda tragedia clásica.

## CAPÍTULO XV

Balance de la sociedad Bel y Valeria: cuenta de Marneffe

En París, cuando una mujer ha resuelto comerciar con su belleza, no siempre logra hacer fortuna. Hay en esta ciudad admirables criaturas, muy inteligentes, que están en una espantosa situación y acaban muy mal una vida comenzada con el tráfico de los placeres. He aquí por qué: dedicarse á la vergonzosa carrera de mujer libre con intención de obtener beneficios, conservando las apariencias de casada honesta, no basta. El vicio no obtiene fácilmente sus triunfos y en esto se semeja al genio, pues ambos exigen un concurso de circunstancias felices para operar el cúmulo de la fortuna y del talento. Suprimid las extrañas fases de la revolución y el emperador no existiría: sólo hubiera sido una segunda edición de Fabert. La belleza corriente sin aficionados, sin celebridad, sin la cruz de deshonra que le da la fama de fortunas disipadas, es un Corregio en un desván, es el genio expirando en su buhardilla. Una Laís, en París, debe pues, ante todo, encontrar un hombre rico que se apasione por ella hasta el punto de pagarla por lo que vale. Ella, por su parte, tiene que conservar una gran elegancia que viene á ser su anuncio, tiene que tener porte que halague el amor propio de los hombres y poseer ese ingenio á lo Sofia Arnould, que despierte la apatía de los ricos, y debe, en fin, hacerse desear por los libertinos pareciendo ser fiel á uno solo, cuya dicha es entonces envidiada.

Estas condiciones, que esa clase de mujeres llaman *suerte*, se realizan difícilmente en París, á pesar de ser esta ciudad llena de millonarios, de desocupados y de gentes hastiadas. La Providencia ha protegido en esto, sin duda, á los matrimonios de empleados y á la pequeña burguesía, para quienes estos obstáculos están por lo menos duplicados á causa del medio en que realizan sus evoluciones. Sin embargo, hay en París bastantes señoras Marneffes, para que Valeria deba figurar como tipo en esta historia de costumbres. De estas mujeres, unas obedecen á la vez á pasiones verdaderas y á la necesidad, como la señora Colleville, que estuvo liada durante mucho tiempo con uno de los oradores más célebres del partido de la izquierda, con el banquero Keller; otras